

De quien voy a disfrutar del placer de hablarles bien es Kenneth Ray Bain, un estadounidense nacido en lo que ellos llaman, con mayúscula, el Sur, como bien delata su segundo nombre, y criado en el Medio Oeste, en la Springfield de Missouri, de padres, ambos, maestros y a los que, de alguna manera, él mismo obligó a abandonar el magisterio ya que su nacimiento y crianza exigieron de ellos que tuvieran que escapar de un oficio cuya insignia era unos salarios de penuria.

Fue criado en una familia incondicionalmente republicana, pues tanto su abuelo como su padre se mantuvieron frontalmente opuestos a los viejos demócratas que tras la guerra civil llegaron para gobernar el Sur. Nuestro protagonista, al devenir esos viejos demócratas del Sur en la década de 1960 en republicanos recalcitrantes, devino a su vez en demócrata y ahí es donde ha permanecido desde entonces. No obstante, no abriga ilusiones al ser consciente de que también entre los demócratas hay elementos poderosos que se oponen con la misma ceguera que los republicanos a la igualdad de poder, de privilegios y de oportunidades, especialmente en asuntos de raza y de clase, principios que él defiende apasionadamente y cuya carencia ha causado y causa tanto dolor e injusticia en su país. Pero un sistema bipartidista sólo le ofrece dos opciones y él mantiene la convicción de que hay que tomar una.

Conoció a la que es su encantadora esposa y colaboradora inseparable, Marsha, en sus años de estudios universitarios en Texas, y en sus vidas ha estado siempre muy presente su familia, un hijo, una hija y, hasta hoy, tres nietos. De hecho, algunos de los empleos que ha ocupado en su ya dilatada carrera se han debido a esfuerzos por mantenerla físicamente unida. Actualmente tienen su hogar repartido entre dos casas sitas en Washington DC y Nueva Jersey, lugares de residencia respectivos de las familias de su hija y de su hijo. Pero no crean que les cuento todo esto a modo de introducción banal para que Vds. se la tomen a beneficio de inventario. No. No es así. En el caso del profesor Bain las actitudes personales, los principios rectores de la vida buena, en el sentido socrático, y los logros académicos van de la mano tanto en su vida como en su obra.

Ken Bain es historiador. Obtuvo un grado en filosofía e historia en la Universidad Baylor en Waco, Texas, un máster en historia en la Universidad del Norte de Texas en Denton, y su doctorado en historia en la Universidad de Texas en Austin, con un estudio sobre la política estadounidense en Palestina tras finalizar la Segunda Guerra Mundial. Comenzó como profesor de historia en la Universidad de Texas-Pan American en Edinburg, donde llegó a dirigir su programa de excelencia y a fundar un Centro para la Enseñanza de la Historia patrocinado por la Fundación Nacional para el Fomento de las Humanidades con el ánimo de promover una colaboración más estrecha entre profesores de historia de enseñanza secundaria y universitaria e investigadores de las universidades. Llegó a dirigir el Centro Nacional para la Enseñanza de la Historia, que per-

siguió el mismo objetivo. Sus intereses principales en la investigación histórica siempre han girado en torno a asuntos relativos al poder, quién lo posee y cómo ha sido utilizado, y sus estudios se han centrado en la política exterior estadounidense en Palestina y Arabia Saudita. Ahora mismo está trabajando en un libro sobre el presidente Franklin Delano Roosevelt y las relaciones con el Oriente Medio durante su mandato, tratándolas a modo de microcosmos de la sociedad estadounidense para facilitar así la comprensión de cómo se fraguaron determinadas consideraciones y políticas. Este estudio lo comenzó hace ya más de veinte años, Ken Bain no es un hombre apresurado, y ha ido cuajándose a lo largo de su ya prolongada trayectoria por las universidades Vanderbilt en Nashville, Tennessee, por la del Noroeste en Evanston, Illinois, por la Universidad de Nueva York, por la de Montclair, Nueva Jersey, o por la Universidad del Distrito de Columbia en Washington.

Pero el profesor Ken Bain no está aquí hoy en su condición de historiador. Desde su primer empleo como profesor de universidad se interesó por el aprendizaje humano y quedó fascinado para siempre por los procesos relacionados con el aprendizaje y la enseñanza y el curioso trato que ambos reciben en la educación superior. Tanto es así que debe ostentar el record mundial de director-fundador de centros para la excelencia docente, ya que fundó y dirigió el *Center for Teaching* en la Universidad *Vanderbilt*, el *Searle Center for Teaching Excellence* en la del Noroeste, el *Center for Teaching Excellence* en la de Nueva York (que fue renombrado el pasado año como *NYU Center for the Advancement of Teaching*), la *Research Academy for University Learning* en la de Montclair y el *Best Teachers Institute* en South Orange, Nueva Jersey, que actualmente preside. Ha sido internacionalmente reconocido por su investigación de quince años de duración sobre un centenar de profesores extraordinarios de una amplia muestra de universidades y áreas académicas de todos los Estados Unidos, que culminó con su influyente libro publicado por Harvard University Press en 2004 *Lo que hacen los mejores profesores de universidad*¹. Son ya más de 400.000 los ejemplares en doce idiomas que se llevan vendidos de ese libro, cifra muy indicativa tanto de la valía de la investigación como del interés que los profesores de universidad tenemos por esa parte de nuestro oficio, la habitualmente menos cultivada y valorada dado que es el único ámbito que sigue manteniendo adeptos a las viejas teorías de la generación espontánea, completamente desacreditadas hace ya tanto tiempo por los ingeniosos y famosos experimentos de Francesco Redi, Lazzaro Spallanzani y Louis Pasteur.

Ese libro obtuvo el premio *Virginia and Warren Stone* otorgado a un libro excepcional sobre educación y sociedad, galardón que también consiguió su secuela complementaria de 2012 *Lo que hacen los mejores estudiantes de universidad*, ambos

¹ Ken Bain, 2004. *What the Best College Teachers Do*. Cambridge (Massachusetts), Harvard University Press.

traducidos y publicados por la Universidad de Valencia^{2,3,4}. El primero de ellos es uno de los diez libros más vendidos de Harvard University Press en sus ya más de cien años de historia, más de trece mil de sus ejemplares en nuestras lenguas, lo que resulta francamente notable dado el restringido ámbito de lectores al que está dirigido. Ken Bain ha pasado los últimos diez años protagonizando talleres y conferencias en cientos de universidades de todo el mundo, incluida la nuestra. Recibe anualmente centenares de invitaciones de las que sólo es capaz de atender unas pocas decenas; ha asesorado a unas quinientas universidades y otras entidades acerca de programas, políticas y demás asuntos relacionados con la educación superior; forma y ha formado parte de consejos y comités de más de setenta y cinco universidades distintas; es asesor de más de una docena de editoriales y revistas entre las que se cuentan las más notables del mundo universitario.

Su investigación educativa se centra en una muy amplia gama de asuntos, pues su enfoque huye de la especialización como el gato escaldado lo hace del agua fría, y se ha focalizado en las condiciones que favorecen la consecución de un aprendizaje profundo y duradero y en la creación de entornos favorecedores de un aprendizaje crítico natural en diversos ámbitos de conocimiento como pueden serlo la historia, las artes, las ingenierías, las ciencias o la medicina. Su visión de lo que la universidad debe aportar a la educación es, según él mismo describe, muy sencilla: debe ayudar a las personas a que prospere en ellas la creatividad y el pensamiento crítico, a que florezcan como individuos humanitarios, comprometidos y competentes; debe ayudar a mejorar sus capacidades mentales relacionadas con la imaginación y el razonamiento para que lleguen a convertirse en expertos flexibles y, a ser posible, en más de un campo.

La herramienta que aporta no resulta más complicada que su visión de la misión de la universidad: se trata del cultivo del valor intrínseco del saber, lo que Nuccio Ordine denominó en su manifiesto la “utilidad de lo inútil”⁵, eso que tan bien sentado dejaron los verdaderos filósofos de la Antigüedad, pero que tan difícil resulta de entender en un mundo como el actual, dominado por quienes piensan que la eficacia pierde su interés si no se asocia a la eficiencia; los mismos que mancillan la calidad sometiéndola a la cantidad; esos que viven esclavizados por el flujo constante del agua de la clepsidra que les proporciona esa sensación tan falsa como adictiva de efectividad, incluso en la más absoluta de sus oscuridades; esos que sólo sonríen al leer *El Quijote* por ser incapaces de admirarlo como héroe de lo inútil y lo gratuito; todos esos

² Ken Bain, 2004. *Lo que hacen los mejores profesores de universidad*. Valencia, Publicacions de la Universitat de València, 1ª ed. 2005, 2ª ed. 2007.

³ Ken Bain, 2004. *El que fan els millors professors d'universitat*. Valencia, Publicacions de la Universitat de València, 2005.

⁴ Ken Bain, 2012. *Lo que hacen los mejores estudiantes de universidad*. Valencia, Publicacions de la Universitat de València, 2014.

⁵ Nuccio Ordine, 2013. *La utilidad de lo inútil. Manifiesto*. Barcelona, Acantilado.

que denuncia Ionesco como hombres apurados⁶, y a los que responde Ken Bain con estudios tan prolongados como para merecer formar parte de un elogio de la lentitud, y tan plenos de significado como el gesto de Sócrates que se mantuvo practicando una melodía a la flauta hasta el momento de ser ajusticiado a manos de sus conciudadanos por impío y subversor de la mente de los jóvenes.

El profesor Bain ni siquiera pretende ser novedoso en su postura, ya que denuncia lo mismo que John Locke hace ya más de trescientos años, cuando calificaba de pírrica a una educación que atormenta a los estudiantes haciéndoles memorizar versos con la pretensión única de, quizás con suerte, convertirlos en rimadores modestos⁷. Así, sin cuestionar la importancia de la formación profesional en los objetivos de las universidades, Ken Bain sí que cuestiona que el objetivo de su enseñanza pueda realmente reducirse a formar abogados, ingenieros, maestros o médicos. Privilegiar la profesionalización de los estudiantes en detrimento de la dimensión universal de la función educativa de la enseñanza, supone subordinar su ansia de conocer a un conjunto reducido de competencias técnicas, es decir exige la templanza de la *studiositas* para moderar la *curiositas*⁸, esa depravación que definió como Tomás de Aquino como un apetito desordenado en el instinto de conocer y experimentar. Pero ningún oficio puede ejercerse de manera consciente si las competencias técnicas, específicas, que exige no se subordinan a una educación más amplia, capaz de animar a cultivar la autonomía dando libertad precisamente a esa *curiositas* propia. Aquí es donde precisamente cobra significado que Ken Bain haya sido propuesto por una facultad de magisterio que entiende que identificar al ser humano con su mera profesión es un error imperdonable; que, al igual que el profesor Bain, estima que hay una dimensión pedagógica ajena al utilitarismo que se encarga de asuntos que van mucho más allá del oficio que acabará por ejercer el estudiante, y sin los que resulta imposible imaginar futuros ciudadanos responsables, comprometidos con el bien común, capaces de abandonar los egoísmos propios para expresar solidaridad, empatía y humanismo y reivindicar la libertad. Ahora muestra su valor la definición de utilidad que manejaba Lev Tolstói⁹, antitética al significado crudamente material que se le suele atribuir hoy: lo único útil, escribió, es aquello que puede mejorar al hombre, lo que es capaz de elevar su digni-

⁶ Eugène Ionesco, 1961. «Comunicación para una reunión de escritores franceses y alemanes», en: *Notas y contranotas. Estudios sobre el teatro*. Buenos Aires, Losada, 1965.

⁷ John Locke, 1693. *Pensamientos sobre la educación*. Madrid, Akal, 1986, página 232, §174.

⁸ Josef Pieper, «Templanza», en: *Las Virtudes fundamentales*, 8ª ed. Madrid, Rialp, 2003, páginas 229 y 288.

⁹ Véase, por ejemplo, su ensayo de 1866 *Lo que debe hacerse* (Barcelona, Maucci, 1902); o también el capítulo XX de su libro de 1897, *¿Qué es el arte?* (Barañáin, Ediciones Universidad de Navarra, 2007); o su ensayo de 1898 «Modern Science» (en *Essays and Letters*, London, Oxford University Press, 1911, página 224); o lo que de él escribió Henri Poincaré en su libro de 1908, *Science et Méthode* (Paris, Flammarion, 1920, páginas 7-8).

dad, la *dignitas humana* que Giovanni Pico concluyó en su discurso¹⁰ que se basaba en el libre albedrío y que consecuentemente sólo puede cultivarse mediante una educación liberal.

Paralelamente a lo que ocurre con el significado de utilidad, liberal es un término actualmente tan equívoco que al emplearlo corre el peligro de ser confundido con quien menos desearía serlo. Pero desde mi propia área de especialización acude en mi ayuda uno de los herederos de Lucrecio, el premio Nobel Jacques Monod; entenderán inequívocamente lo que quiero expresar si adopto la figura literaria que él utilizó en su famoso ensayo *El azar y la necesidad*¹¹, y en la que me hizo reparar recientemente mi colega y amigo el profesor Martí Domínguez¹²: liberal es quien puede elegir entre el reino y las tinieblas.

Esta es la herramienta que ofrece Ken Bain, tan simple como poderosa, forjadora de la misma condición del verdadero filósofo, buscador incansable del conocimiento capaz de aumentar su sabiduría, que siempre se sitúa a medio camino entre los dioses, que no persiguen la sabiduría porque la poseen, y los ignorantes, que tampoco la persiguen porque creen poseerla. Sólo quien halla gozo en el conocimiento puede dedicarse de continuo a buscarlo, sabedor además de que la duda no es su enemiga, sino su estímulo permanente. Mantener vivo el conocimiento sólo puede hacerse poniéndolo continuamente en duda. Por el contrario, quien está seguro de poseer la verdad no sólo deja de necesitar buscarla; tampoco siente la necesidad de dialogar, de escuchar a otros, de valorar sus logros; la verdad no deja espacio a la tolerancia y con su posesión deja de tener sentido el respeto por las creencias, ideas y prácticas de los demás.

Por eso el encuentro entre el maestro y el alumno siempre precisa de un texto que compartir, y por eso lo que denominamos enseñanza no es en el fondo más que una forma de seducción en la que no se puede prescindir de la pasión y del amor por el conocimiento. De ahí la dificultad que Ken Bain muestra para identificarla con un oficio y la facilidad con que la describe como una conversación.

Una conversación que en su caso podemos decir que es tan larga como su trayectoria académica, culminada con su nombramiento como *Provost*, el equivalente a lo que nosotros llamamos rector, de la Universidad del Distrito de Columbia en Washington, la única universidad pública de la capital federal de los Estados Unidos de América. Accedió al cargo el primer día de enero de 2012, y consideró que era una oportunidad magnífica para crear una universidad nueva capaz de producir esa clase de gra-

¹⁰ Giovanni Pico della Mirandola, 1486. *Discurs sobre la dignitat de l'home* (edició a cura d'Antoni Seva). Valencia, Publicacions de la Universitat de València, 2004.

¹¹ Jacques Monod, 1970. «El reino y las tinieblas», en *El azar y la necesidad (Ensayo sobre la filosofía natural de la biología moderna)*. Orbis, Barcelona, 1986.

¹² Martí Domínguez, 2013. *El somni de Lucreci. Una història de la llibertat de pensament*. Barcelona, Proa, página 13.

duados creativos y con pensamiento crítico que él perseguía, una oportunidad para poner en uso los resultados de la investigación sobre el aprendizaje humano al servicio de un entorno capaz de fomentar esa clase de desarrollo que él había estado promulgando gran parte de su vida. Pero se encontró con una universidad inmersa en unos tremendos problemas políticos, con conflictos graves entre el consejo de administración y el consejo académico y con un profesorado seriamente dividido. No encontró el apoyo ni la comprensión suficiente para implementar sus propuestas renovadoras.

Algunos meses después renunciaba al cargo acogéndose a la jubilación y manteniéndose fiel a sus principios, haciendo realidad la máxima de Archer Sloan, el íntegro profesor de la Universidad de Missouri de la novela de John Williams: «A un universitario no debería pedírsele que destruya lo que ha consagrado su vida a construir»¹³.

Desde entonces, Ken Bain, este hombre bueno en el sentido socrático y en cualquier otro, se ha dedicado con todas sus fuerzas a buscar prosélitos por todo el mundo que ayuden a proporcionar una educación superior para un mejor futuro individual y colectivo. Como escribió Montaigne sobre la persecución y la caza de la verdad¹⁴, si la hacemos mal no tenemos excusa; otra cosa es si acabamos o no consiguiendo la presa: en este mundo, que no es más que una escuela de indagación, la cuestión no es si el profesor Bain acabará cobrando la pieza, sino que en su acoso ha efectuado una de las más bellas carreras.

Muchas gracias por su atención.

¹³ John Williams, 1965. *Stoner*. Tegueste (Tenerife), Baile del Sol, 2014, página 38.

¹⁴ Michel de Montaigne, 1588. «De l'art de conférer», en: *Essais* (présentée, établie et annotée par Pierre Michel), livre troisième, chapitre VIII. Paris, Gallimard, 1965, páginas 191-192.